



Instituto Hermes

Cómo la crisis ha cambiado la concepción social del dinero

::: junio 2017 :::

1. Sustratos

El origen de Europa

El primer sistema monetario paneuropeo se desarrolla con la expansión de la república romana y se consolida durante el Imperio. Tradicionalmente se ha pensado que el sistema imperial se caracterizó por una oferta relativamente estable de dinero solo alterada de forma menor por acuñaciones locales en bronce. Sin embargo, la investigación histórico-económica durante los últimos años¹ ha modulado nuestra apreciación del dinero en Roma, destacando la gran cantidad de depósitos al principio de la era imperial (equivalente aproximadamente al PIB) y la existencia de mecanismos privados para «crear dinero» a partir de los sistemas de crédito ligados a las grandes operaciones comerciales. Con todo, la concepción social del dinero en la Roma imperial debió reflejar las constantes tensiones entre el centro -que acuñaba en plata una producción marcada fundamentalmente por la necesidad de pagar las legiones e importaciones de grano «de choque» para la ciudad imperial- y las autoridades locales que no tenían permitido acuñar en metales preciosos y que estaban más preocupadas por asegurar la liquidez de los flujos comerciales.

Dicho de otro modo, seguramente en la Roma clásica, el dinero se percibía escindido en dos: el «gran dinero» imperial en el que se cobraban los impuestos, que financiaba obras públicas y pagaba legiones, que era relativamente estable en términos de oferta; y el «pequeño dinero», mucho más flexible, controlado por las autoridades locales y con una relativa capacidad de adaptarse a los ciclos comerciales. Esta dicotomía es importante porque retornará durante la era carolingia desde donde se proyectará hasta nuestra época como uno de los componentes del «altermonetarismo».

Alrededor del siglo X, con la emergencia de la gran revolución comercial europea, aparecen una serie de resistencias, articuladas pronto teológicamente, que expresan el impacto social del resurgir del comercio y el crédito en el seno de la sociedad feudal. El antimercatismo traduce el rechazo de la ruptura del orden y la jerarquía social que el comercio trae consigo («*Homo mercator nunquam aut vix potest Deo placere*» dice Graciano). Y si la revolución comercial encuentra a la Iglesia condenando al artesano mercader y al comercio mismo, los movimientos sociales, formados por campesinos desheredados sin demasiado en común

¹ Véase Duncan-Jones, R. 1982 *The Economy of the Roman Empire: Quantitative Studies*. 2nd ed. Cambridge Duncan-Jones, R. 1990; *Structure and Scale in the Roman Economy*. Cambridge Duncan-Jones, R. 1994; *Money and Government in the Roman Empire*. Cambridge. Una comparativa crítica con la economía china del periodo Han, que contaba con un menor stock de metales preciosos y en teoría era más «chartalista» puede encontrarse en <https://www.princeton.edu/~pswpc/pdfs/scheidel/020803.pdf>

más que la carencia de lo básico, se expresaron, como no podía ser menos, alrededor de teologías de la pobreza no menos peligrosas para la cohesión social.

La Iglesia respondió al ansia de propiciar una Segunda Venida de valdenses, joaquinistas, fraticellis, begardos, flagelantes, etc. acomodando a los pobres como nuevo sujeto teológico. En la interna, habiendo descubierto que se le iban de las manos con demasiada facilidad, respondió pronto dando un espacio organizativo interno a la pobreza (conversión en orden de los franciscanos), la promoción de los dominicos y la creación de la Inquisición (para reprimir los habitualmente brutales excesos de los sectarios). Un marco que no acabará hasta la Reforma protestante y el aplastamiento por esta de las revueltas campesinas alemanas en el siglo XVII.

En conjunto, la unión del rechazo al mercado y la exaltación de la pobreza por la Teología medieval dejarán un sustrato cultural donde la riqueza se asociará a la culpa y la pobreza (el subconsumo) a la virtud. La Economía se entenderá como un juego de suma cero: si alguien gana es porque alguien pierde.

La condena del préstamo con interés se convertirá en uno de los consensos sociales más extendidos y duraderos de nuestra cultura, aunque hay que apuntar que en el seno de la Iglesia estaba mucho más matizada intelectualmente de lo que normalmente se apunta. Según Schumpeter será de hecho el origen de los primeros modelos monetaristas, cuando los manuales para confesores de la hiperinflacionaria España barroca quieran descontar la inflación del interés de los préstamos en su afán por imponer penitencias proporcionadas al pecado.

La crítica teológica del préstamo con interés es en realidad una extensión de la crítica del comercio: si el comerciante no añade valor real a la mercancía y no tiene por tanto derecho a otro «precio justo» que el del trabajo de transporte, el prestamista pretende ganar dinero vendiendo un bien que no le pertenece: el tiempo. Estaría hurtándole a Dios su soberanía y pecando con la peor de las soberbias como nos cuenta Le Goff en «La bolsa o la vida».

¿Pero en qué lugar deja esto al emisor de moneda? En principio el buen Rey, el monasterio o tiempo después, la Zecca florentina, solo acuñan, es decir certifican, la nobleza y el peso del material (oro, plata) como garantía para el buen curso del comercio y la imposición fiscal. Pero eso es solo en teoría, porque la verdad es que la carencia de metales nobles y el raquitismo del comercio altomedieval llevan desde época carolingia a que buena parte de

las emisiones -muchas veces locales, al margen del control del monarca- se realicen en aleaciones sin «valor intrínseco».

Por otro lado el desarrollo de las rutas comerciales transeuropeas y su imbricación con las redes meridionales y orientales del entonces más sofisticado mundo musulmán, propiciarán la extensión o aparición de nuevos medios de pago, del cheque a la letra, que en realidad no son sino promesas de pago.

El Hombre medieval descubre que el dinero se crea y se crea como préstamo. Préstamo que lleva implícito un cierto tipo de interés, un cierto dominio del tiempo. El dinero es pues sospechoso, soberbio y probablemente pecaminoso... y sin embargo cada vez más presente y necesario. De ese contraste, de ese choque original, surgirán los sentimientos y percepciones que siguen siendo hoy determinantes en la concepción social del dinero y fundamentales -aunque muchas veces permanezcan inconfesos- de las propuestas alternativas. Desde entonces la percepción popular del dinero oscilará entre su asimilación con la extensión del mal y la búsqueda de una alternativa «justa» útil como medio de cambio: una moneda sin interés.

El localismo contemporáneo

Siglos después, cuando en 1919 se formó la «República de los Consejos de Baviera», su moneda -que nunca llegó a emitirse- se llamó, no por casualidad «*Freigeld*», dinero libre. Libre de interés. Su creador: Silvio Gesell. Un socialista no marxista, católico, economista autodidacta y georgista, partidario de la nacionalización de la tierra y del fomento de la pequeña empresa privada. Un europeo influido por el populismo americano que, viviendo en Buenos Aires y sufriendo la crisis monetaria del 89 dedica su vida al aprendizaje y la crítica de la teoría monetaria. Comienza a publicar en el 91 y no para hasta su muerte en 1930. Keynes en la «Teoría General» le dedica unos párrafos cariñosos reconociendo en su trabajo «la mitad de una teoría sobre el tipo de interés» a falta de un análisis de la «preferencia por la liquidez», fundamental para entender la trampa de liquidez y los mecanismos de las crisis.

¿Qué encuentra Keynes en Gesell realmente interesante? Algo en lo que no puede dejar de identificarse: un socialismo de mercado que ve en el diseño de la política monetaria la forma de generar demanda efectiva. Porque, efectivamente, Gesell pretende «oxidar» el dinero, fomentar el consumo a través de una moneda cuyo valor se erosiona por el hecho de ser retenida, desincentivando la acaparamiento y aumentando el valor de las inversiones a largo

plazo. Persiguiendo el sueño del «dinero sin interés» Gesell había creado en realidad una divisa «inflacionaria por diseño», una divisa con interés... negativo.

Poco después de la muerte de Gesell, en el pueblo de Wörgl, Austria, uno de sus numerosos seguidores, Michael Unterguggenberger (1884-1936), fue elegido alcalde. El pueblo tenía 200 familias sin ningún tipo de ingreso y 500 parados a los que había que sumar un millar más en las proximidades. Unterguggenberger tenía un magro capital municipal: 40.000 chelines austriacos. En vez de gastarlos los puso en un depósito bancario, emitió compromisos de pago con esa garantía y comenzó a pagar con ellos el trabajo en obras públicas locales. La nueva moneda local tenía un -1% de interés mensual, por lo cual quien cobraba con ellos sentía rápidamente el incentivo de gastarlos cuanto antes.

El resultado fue espectacular -el desempleo prácticamente desapareció y el pueblo mejoró notablemente sus infraestructuras públicas- y cientos de pueblos austriacos quisieron seguir el ejemplo. El conflicto con el Banco Central austriaco, que hizo entonces valer su derecho de monopolio en la emisión de dinero acabó con la prohibición legal de emitir «dinero de emergencia». Nació la leyenda de las «monedas complementarias».

El nacimiento de la Reserva Federal y los orígenes de la alt-right

Si la crisis argentina de 1891 trajo el peculiar georgismo monetarista de Gesell a Europa, el terremoto creado por los pánicos financieros de 1895 y 1907 en Estados Unidos, instalaría, pasado el tiempo, a la «escuela austriaca» en el corazón de la derecha underground y libertaria norteamericana.

En 1913 se aprueba la «Federal Reserve Act». Es un compromiso entre los banqueros de Nueva York, que quieren un banco central público bajo control del sistema financiero privado y los demócratas que quieren un sistema descentralizado y público. La clave: originalmente los bancos federados podían emitir dinero con su propia tasa de descuento.

El establecimiento de la reserva federal movilizará pronto en su contra al georgismo, pero también al liberalismo clásico, a los primeros «austriacos» americanos y a un joven Milton Friedman, todos ellos opuestos a que el estado ganara un monopolio sobre la creación de dinero.

La crítica de Anna Schwartz y Milton Friedman que se hará famosa a partir de su «Historia Monetaria de EEUU» (1963) según la cual la restricción de la oferta monetaria tras el crack

del 29 fue la causa última de la «Gran Depresión», ganará pronto tracción e influencia académica.

El rechazo del monopolio público sobre la creación de dinero, las críticas a las políticas ligeramente inflacionistas de raíz keynesiana y las argumentaciones a favor del patrón oro propias de los austriacos calarán en la alt-right y la alt-left libertarias de los setenta convirtiéndose en una verdadera seña identitaria en esa extraña y confusa sopa ideológica en la que el CATO, la Mises y los seguidores de Aynd Rand, se mezclarán con los primeros «conspiranoicos» de la contracultura post-sesentayochista, los grupos supremacistas, las escisiones de las «Panteras Negras», el resto ruralista del georgismo y los tecnoutopistas californianos.

La famosa asección de Milton Friedman «a día de hoy preferiría sustituir los bancos centrales por un ordenador»- se convertiría en manos de estos últimos en una realidad antes de lo que nadie podía imaginar.

Los hijos perdidos de Keynes

Evidentemente no todo fue underground. De hecho aunque suele caracterizarse a los «30 gloriosos», con el famoso «todos somos keynesianos», la verdad es que la economía hegemónica desde los 50 hasta la actual crisis usará, según palabras de Friedman, «el lenguaje y los instrumentos, pero no (...) las conclusiones» de Keynes. La Economía que se estudió en las facultades del mundo occidental desde 1947 -año de la 1ª edición de los «Fundamentos» de Samuelson- será el relato de una elegante justa entre un neoclasicismo cuya izquierda reivindicará a un Keynes destilado -o desactivado, según las opiniones- por Samuelson y un combativo y liberal monetarismo friedmaniano siempre al quite.

Los compañeros de viaje intelectual de Keynes mientras tanto, se refugiaron en la universidad, la especialización y el inevitable esoterismo continental que Kalecki había aportado al grupo original de Cambridge. Algunas de las líneas más promisorias abiertas por Joan Robinson «migrarían» a EEUU donde el post-keynesianismo tomaría nombre y se daría un «journal» propio, consumación de un aislamiento que implícitamente significaba la renuncia a la batalla por el mainstream.

La semilla keynesiana que prosperaría en el tiempo habría de venir de los márgenes. Abba Lerner, un estudiante de Keynes emigrado en 1937 a EEUU, defensor del socialismo de mercado y uno de los economistas más brillantes de su generación, afirmará en 1941 lo que

llamó «finanzas funcionales». Se trataba de una esquematización del juego keynesiano entre política fiscal y monetaria que enfatizaba las posibilidades que la creación de dinero fiduciario ofrece a los gobiernos soberanos como herramienta macroeconómica.

Lerner, mucho menos sofisticado que los post-keynesianos en sus preocupaciones y seguramente más radical sobre las finanzas públicas, criticará los superávits y alentará el tipo de políticas suavemente inflacionarias que solían asociarse con las consecuencias del keynesianismo. Seguramente por eso, las finanzas funcionales desaparecerán de los manuales de Economía en los 90... justo a tiempo para volver a primera fila del debate político cuando una nueva generación de economistas la utilice como fundamento de una nueva y radical concepción del dinero.

La crisis y el dinero

El auge de las monedas locales

Los primeros años de la crisis producen una sensación de colapso no solo económico sino intelectual. Una nueva generación despierta a la vida adulta en un mundo en el que la teoría económica, los partidos tradicionales y sobre todo, los valores y rutinas de pensamiento de la «gran moderación» son puestos en cuestión, cuando no descartados sin más como responsables de una gigantesca promesa incumplida.

Los «Tea Party», «Occupy» y «15M» serán precedidos de una verdadera emergencia de un underground mínimamente reciclado que por primera vez será atendido por audiencias masivas. Libros como «Debt: the first 5000 years» de David Graeber, documentales online como «Money as debt» o el conspiranoico Zeitgeist (2008) se convertirán en fenómenos de masas y referencias comunes.

Y entre todos ellos, uno llegado un poco antes de tiempo: «The future of money» (2001) de Bernard Lietaer, el último epígono de Gesell, teórico y promotor de las monedas locales.

¿Qué ha pasado mientras tanto? La crisis ha condenado a la insolvencia a familias cargadas de deudas, los déficits públicos se multiplican para paliar la violencia de los primeros estadios de la crisis y salvar un sistema financiero en sus más tormentosos momentos. Los bancos cierran el grifo del crédito llevando contra las cuerdas a una masa de PYMEs que sustentan la mayor parte de puestos de trabajo.

La percepción social ve en los rescates bancarios, las reformas y regulaciones a medida de los «campeones nacionales» y la práctica exoneración fiscal que el sistema europeo permite a los gigantes de Internet demostraciones de que el estado no juega con los pequeños a los que ha dejado «solos ante el peligro». No hay que olvidar que, de media, la facturación de las PYMEs se ha reducido en España un 31% entre 2007 y 2014 mientras que en el mismo periodo las grandes empresas aumentaron su facturación en un 17%.

En ese marco de realidades y percepciones es inevitable el giro hacia lo local. Lo local como sinónimo de auténtico, de pequeño, de identificable. Muchos se preguntan si por sí mismos no podrían conseguir aquello que el estado y la banca han dejado de proveer a la economía productiva de pequeña escala: liquidez para financiar la actividad diaria e impulso de la

demanda local. Lietaer les dice que sí y bajo el argumentario giselliano late una Economía con visos de sensatez y ejemplos históricos comprobables. El efecto es inmediato: congresos, conferencias, émulos y admiradores; televisiones públicas y privadas se llenan de documentales sobre las nuevas monedas que florecen por toda Europa.

Solo hay un pequeño fallo: la gran mayoría de ellas no son «oxidables», no están garantizadas por un fondo y no tienen un gobierno aceptándolas y entregándolas como medios de pago. Son poco más que bonos de equivalencia, «mortadelos» y «grupones», cuando no formas atractivas de recaudar donaciones de forma encubierta. Lietaer no puede identificarse más allá de las declaraciones tácticas ni dejar de pensar que el viejo Gesell se tiraría de los pelos. Pero el debate sobre el dinero se ha establecido como algo legítimo y la brecha cultural se ha abierto.

Bitcoin y familia

El gran beneficiario será un nuevo tipo de moneda nacida, muy oportunamente, en 2009: bitcoin y las criptomonedas. Poco importa que la ideología de fondo sea la opuesta a la del localismo socializante de Gesell y Lietaer. Poco importa que Bitcoin -y después todas las criptomonedas desarrolladas a partir de blockchain, el corazón algorítmico de bitcoin- sea la negación de todo lo aprendido en dos siglos sobre la teoría monetaria. Para el gran público es una esperanza y es eso lo que le da existencia social. Visto desde 2017 podríamos decir sin equivocarnos que bitcoin fue la primera «postverdad» del mundo que se estaba gestando. Un brote inevitable en el terreno abonado del postmodernismo económico para el que no hay teorías a contrastar sino relatos a confrontar o elegir según definamos la identidad -sexual, étnica o ideológica- del hablante.

Porque por supuesto, ningún economista serio se llamaba a engaño. Se trataba de la versión electrónica del mismo patrón oro al que se culpaba de las últimas grandes crisis decimonónicas. Krugman, en un famoso artículo aseguraba: «*Bitcoin has created its own private gold standard world, in which the money supply is fixed rather than subject to increase via the printing press*».

Para sus defensores y creadores sin embargo ese era el 50% de su atractivo: quitarle al estado el monopolio de la moneda sustituyendo las divisas nacionales por una moneda deflacionaria por diseño y por tanto útil, de extenderse, como activo financiero. ¿Probabilidades de éxito? Muchas en cuanto el dinero negro entendiera la otra causa por la que la alt-right libertaria americana adoraba al nuevo fetiche electrónico: su intrazabilidad.

Una moneda anónima, mejor aun, toda una familia de monedas, a salvo de las investigaciones fiscales, óptima para todo tipo de comercios ilegales. En sí una forma de activismo libertario tan potente que acabó recuperando «joyas perdidas» del underground ultraliberal de los ochenta para ganar su propia marca ideológica: «agorismo».

El mercado especulativo tardó un poco más en darse cuenta. Hizo falta antes que el submundo de los mercados negros chinos, venezolanos o argentinos lo utilizaran masivamente para burlar limitaciones a las transferencias y cambios regulados. Por si eso no bastaba, las ruidosas intervenciones del FBI contra la venta de drogas online acabaron de convencer a propios y extraños de la intrazabilidad de las nuevas divisas. Apostar por bitcoin como activo, con todas sus volatilidades, se convirtió en sinónimo de apostar a que el dinero negro global lo utilizaría cada vez más como depósito. Hoy, a pesar de tener más volatilidad que ninguna gran divisa, sigue revalorizándose espectacularmente semana tras semana.

Teoría Monetaria Moderna y crisis del euro

Walter Mossler es el Pierre Menard de la Teoría Económica. Piere Menard es aquel personaje de Borges que escribió el Quijote. Lo escribió porque siglos después y con sus propias inspiraciones, se le ocurrió como una obra original, no porque lo copiara.

En 1993 Mossler, un exitoso «fixed income money manager» en West Palm Beach, comenta las claves de su éxito con Donald Rumsfeld mientras descansan en una sauna del Racquet Club de Chicago. Rumsfeld se queda sin argumentos frente a la idea central de Mossler: el gasto público no está limitado por los ingresos y no debe estarlo ante un gobierno con soberanía monetaria que ve en los impuestos no un ingreso necesario para presupuestar el gasto sino solo una palanca con la que controlar el consumo de las familias y modular la inflación. Es Abba Lenner de nuevo. Solo que ninguno de los dos sabe siquiera que Lenner existió ni qué dijo. Rumsfeld le pone a trabajar en escribir todos esos argumentos y le asigna un equipo. Nacen así los primeros folletos de lo que más tarde será la MMT (Teoría Monetaria Moderna).

Los folletos llegan unos años más tarde a dos académicos jóvenes post-keynesianos: Bill Mitchell, que le dará nombre y L. Randall Wray -un discípulo de Minsky. Ambos hacen parte de una generación de profesores, que ya había dado nombres conocidos globalmente como Steve Keen, que desde las antípodas de los centros decisorios de la economía global empiezan a pensar que el keynesianismo necesita convertirse en un movimiento social si

quiere volver al mainstream. Estábamos en las dos décadas de crecimiento exponencial de Internet.

Y la oportunidad llegó con la crisis. Las claves: una fórmula para volver a las políticas de pleno empleo y una nueva concepción del dinero. Para la TMM el dinero no es una mercancía, es tan solo un crédito fiscal. Tampoco es que sea una idea original, puede trazarse sin problemas hasta los años 20. El mismísimo Alexander Bogdanov, el famoso opositor «empirocriticista» de Lenin en la socialdemocracia rusa, lo esboza en 1924 en una de sus novelas de ciencia ficción. Pero a Bogdanov tampoco lo habían leído Mossler ni Rumsfeld y probablemente tampoco ni Mitchel ni Wray.

Pero no es solo un fenómeno americano, en Europa aplicar la TMM significaría salir del euro o construir un gobierno económico europeo con capacidad real para hacer transferencias entre regiones a gran escala. Para un espectro político de referencias vaporosas y electorados tormentosos, la TMM puede ser un asidero tan potente y flexible como en su día el keynesianismo lo fue para la socialdemocracia y la democracia cristiana. De momento, referencias y definiciones de la TMM han calado ya textos teóricos oficiales del Banco de Inglaterra y del Banco Central Alemán.

Pero el fuerte del movimiento está en la esfera pública, en su capacidad para permear la cultura con nuevos medios. «The Nation» dedicaba en mayo de 2017 un largo artículo al «atractivo rockero de la Teoría Monetaria Moderna». El artículo no se molestaba en describir las tesis principales, pero aseguraba que «describe la forma en que funciona el dinero de un modo tal que un niño de ocho años lo capta antes que alguien con un doctorado, lo que es en sí inquietante». Cita a Jamie Galbraith -hijo del que fuera economista de cabecera de toda una generación- para remachar que «el relato [de la economía que hace la TMM] es muy persuasivo» y se centra en el fabuloso ascenso, a fuerza de ciberactivismo y blogs, de lo que era un grupo de economistas post-keynesianos -y por tanto maltratados académicamente- a la influencia social y política.

Y para muestra Stephanie Kelton, la carismática «chief economist» de Sanders en las primarias que lo es también del comité de presupuestos del Senado de EEUU. Kelton representa un nuevo ideal de economista que va más allá del teórico comprometido y polemista, institucional y mediático al estilo de Krugman o Stiglitz. Kelton no vive en un campus neogótico sino en una casa suburbana desde la que entra por videoconferencia en platós y debates públicos; no lidia con las pleitesías de la Ivy League porque es profesora en una Universidad pública con más de un 70% de admisiones, *Mizzou*; y no firma informes «de

expertos» porque se mete en campaña y aplica el mismo tono pedagógico y sensato en la televisión que en sus clases.

Y es que llegados a este punto, la TMM ya no es -ni exclusiva ni principalmente- un objeto de debate académico, sino un arma de batalla política; ya no es heterodoxia, sino «mainstream» alternativo. Y lo es precisamente porque ha superado la barrera del debate teórico y a día de hoy es la promesa de un nuevo «keynesianismo»: una forma estatocéntrica de entender el dinero, útil para el tipo de políticas que cada vez más generadores de opinión, más allá de divisorias económicas, creen que hay que hacer para salir de la crisis.

Conclusiones

La concepción social del dinero revela como pocas cosas los futuros que sueña cada época y los valores que la sustentan. En momentos como el actual, donde se produce una cesura, un cambio decisivo de tiempo, protagonistas y enfoques, los nuevos valores se presentan como dilemas y los dilemas se materializan en movimientos y construcciones sociales que pretenden desbrozar caminos para una sociedad que les mira en busca de esperanza.

Los tres movimientos cuya genealogía hemos trazado someramente en este informe ilustran los elementos característicos de esos dilemas y por eso los hemos elegido. Puede que alguno de ellos llegue a impregnar la cultura o las prácticas empresariales, puede que otros desaparezcan o vuelvan a la marginalidad. No es realmente importante. Lo importante es que si han sido capaces de emerger en estos agitados años, si han sabido ganar la atención del gran público es porque representan valores que van a permanecer y que ilustran los dilemas que darán forma a los años por venir.

Por otro lado, si esos dilemas pueden verbalizarse y comprenderse es porque ya existían desde mucho antes en nuestra cultura como deseos y tabúes. Y si los primeros son fácilmente reconocibles -pues nos reconocemos en ellos- los otros explican la oscura fascinación que ejerce el individualismo anglosajón, incluso bajo las bizarras formas características de la derecha libertaria, sobre nuestra cultura popular y política.

Finalmente los dilemas culturales e históricos pueden materializarse en agentes que los encarnen, haciendo el dilema más estable y por lo mismo, como diría Minsky, más destabilizador.

Pero algo es seguro, en los nuevos tiempos que se abren, no está ya en cuestión si el dinero es algo ajeno, algo que nos viene dado sino quién, cómo y con qué objetivos le dará forma.

Consecuencias políticas posibles de las nuevas concepciones del dinero

A lo largo de las páginas anteriores hemos descubierto:

1. Una larga tradición de origen mediterráneo, extendida en el tiempo y en su alcance geográfico a través de la cultura católica, que daría la legitimidad de las monedas locales o regionales, emitidas por autoridades políticas, como forma de proveer de liquidez a los negocios de una economía local relativamente diversificada.
2. Una tradición anglosajona legitimadora del dinero emitido por organizaciones privadas... que irremediablemente entra en contradicción con la anterior. Es la cultura que hoy consolidan en bitcoin y las monedas blockchain.
3. Una concepción emergente del dinero como crédito fiscal y de las finanzas públicas como una extensión de la soberanía del estado. Concepción opuesta a la austeridad, en la que los únicos límites al déficit y el endeudamiento vendrían dados por la eclosión de tendencias inflacionarias. Tendencias que creen que pueden contener con incrementos de la presión fiscal.

En el marco interpretativo en que los analistas que elaboramos este papel nos estamos moviendo, el Brexit y el «trumpismo» cierran toda una serie de tendencias socio-culturales abiertas en los noventa que ya mostraban agotamiento en los últimos años. En concreto, a efectos de este análisis, creemos que afectarán:

1. Un deseo de reforzamiento del estado en general y de su dimensión social en particular.
2. La percepción de legitimidad en lo local.
3. La desconfianza hacia lo transnacional y lo financiero.
4. El rechazo de ámbitos de mercado cerrados, no regulados o no fiscalizados.
5. La desconfianza en los objetivos de las grandes organizaciones.
6. Rechazo de tecnologías no fácilmente comprensibles o complejas.

En consecuencia creemos que entre los debates sociales emergentes² de los próximos años podrían estar:

1. **La definición de la soberanía monetaria (80%).** En el status quo actual ni la UE ni los estados miembro tienen soberanía monetaria. Es una situación que será cada vez más difícil de mantener sin pleno empleo. El debate se centrará entre los que, al modo de Macron o Rajoy pretendan abrir el camino hacia una soberanía económica europea (política fiscal con capacidad redistributiva y capacidad para compensar los desequilibrios generados por el superávit comercial alemán) y los que, de manera cada vez menos anecdótica empiecen a plantear la renacionalización de la moneda. No debemos olvidar que en las elecciones presidenciales francesas los candidatos que ponían en cuestión el euro (Lepen, Melenchon, los representantes del gaullismo duro y la extrema izquierda) sumaron casi un 40% de los votos.
2. **Debate sobre la vuelta de las monedas nacionales reinterpretadas como complementarias al euro (20%).** Sería la forma en la que encajarían todos los emergentes: localismo monetario, nuevas visiones de la fiscalidad, desconfianza hacia «lo grande» y lo transnacional... en convivencia con el status quo, permitiendo a los estados una vía de financiación nueva para políticas de fomento y pleno empleo. Sin embargo, precisamente por eso le hemos adjudicado una probabilidad mucho más baja: es difícil que encajen los intereses y grupos heterogéneos que sustentan cada componente. Sin embargo sería un discurso que, una vez enunciado, podría suscitar consensos transversalmente a ideologías y posiciones económicas en un escenario marcado por la inanidad ideológica de las alternativas en formación (populismos, neo-nacionalismos, etc.).
3. **El debate entre políticas de renta básica y políticas de pleno empleo en la izquierda (50%).** La izquierda y el nacionalismo de los estados europeos incorporará cada vez más elementos de la TMM y las finanzas funcionales. Esto les llevará a un debate inevitable entre las políticas de renta básica universal que han hecho suyas durante estos años en mayor o menor medida, ligadas a nuevas subidas de impuestos y las políticas de «empleo garantizado» basadas en la concepción del dinero como crédito fiscal, que en principio solo afectarían a los impuestos en caso de rebrote inflacionario grave.

² Se indica la probabilidad asignada a cada uno de los supuestos

4. **La legitimidad de exigir el pago de algunas tasas o multas en monedas locales (15%).** Ayuntamientos como el de Barcelona han comenzado a utilizar monedas locales como forma de esquivar limitaciones de gasto tanto en personal como en fomento industrial. Al nivel anecdótico actual les basta garantizar el canje. De hecho funcionan y se contabilizan como un pagaré de deuda de la propia institución. Si quisieran extender el modelo y utilizarlo, por ejemplo, para pagar planes de trabajo comunitario, solo podrían dar valor a tales monedas exigiéndolas como pago en determinadas tasas, multas o impuestos, generando un mercado para la divisa local.

5. **El lado oscuro de las criptodivisas (70%).** Bitcoin y las monedas basadas en blockchain están ahora en su apogeo, pero es muy previsible que cuando la burbuja de expectativas se materialice en productos y redes cercanos a la ciudadanía, comiencen debates sobre la opacidad fiscal que hacen posible, sobre la fiscalización de los movimientos internacionales sustentados en ellas y sobre su vinculación al dinero negro. Buena parte de lo que hace a la tecnología blockchain atractiva para las empresas -eliminación de riesgos, transnacionalidad, trazabilidad en mercados cerrados- puede volverse en su contra en una cultura social cada vez más soberanista y desconfiada frente a los «corralitos» de las empresas. La quiebra o cierre de algún mercado basado en una criptomoneda, podría ser el detonante de una «tormenta perfecta» en la percepción pública.